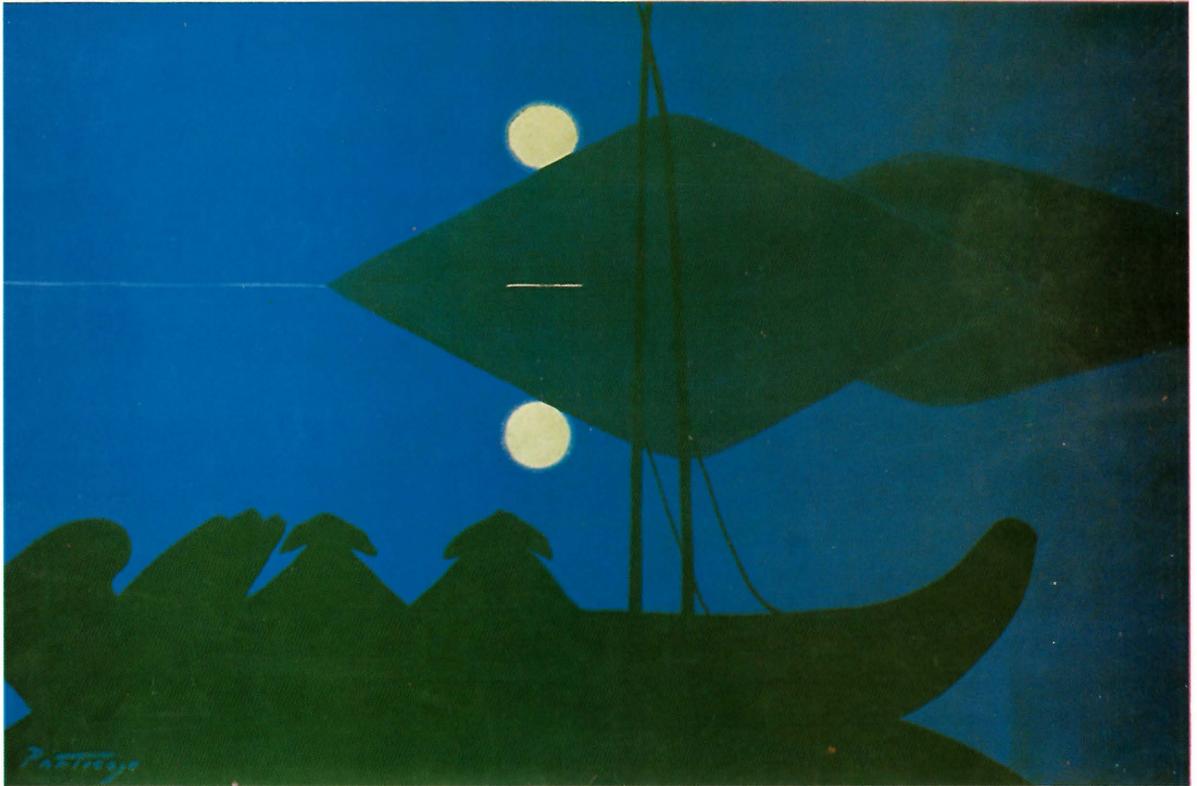


PECADO ORIGINAL



Georgette de Vallejo • Nelson Ramírez • Víctor Guillén • Luis Buñuel
Antonio de Saavedra • Braulio Castor • Héber Ocaña • Luzgardo Medina
Allen Ginsberg • Manuel Pantigoso • Martín Adán • Raymond Carver

UNMSM-CEDOC

Revista de Literatura y Arte

Año 1

Otoño de 1996

Número 1

Editán:

Antonio Sarmiento
Víctor Guillén

Correspondencia:

M. Roaud y Paz Soldán
145 - Lima 27
Telf. 440-2279
Lima - Perú

Viñetas:

Francisco Manuel Pantigoso
Velloso da Silveira

NOCTURNO EN EL LAGO (1939-Témpera)

Cuadro de síntesis dentro de la estética de Manuel Domingo Pantigoso por su casi abstraccionismo geométrico, para mostrar el diálogo trascendente entre la realidad y el ensueño. Los elementos reflejados actúan como resonancia del mundo interior, en donde la naturaleza muestra el sobrecogimiento a manera de una oración. En este paisaje metafísico y trascendente –de hondo quietismo en su génesis raigal–, se ausculta el lirismo del ser del hombre andino y universal, a través de la espiritualidad del azul, el misterio del negro y la blancura de la luna, unificados por una sólida estructura plástica.

Más que una revista, en estas páginas se concentran un estado, una pasión y una revelación, que están dados en escrituras distintas, indisolublemente ligadas por el ritual de la palabra. Y por aquélla –alucinada y rebelde– suscribimos el pecado primigenio del hombre, que nos invita a soñar, a crear y a recrearnos. En cilicios y alas, Eguren y Vallejo son nuestros primeros poetas adánicos y pecadores.

Creemos que la poesía se ha encandilado en la lumbre de su propio esplendor; queremos devolverla hacia la otra margen de su rica existencia. Viviendo y escribiendo con el diablo metido en los cuerpos, poco importa el ropaje con que éste se nos muestre.



GEORGETTE DE VALLEJO



I

Para que la sombra de tus ojos
ya no pese sobre mi delirio
he seguido los silencios que caminan

Viaje extraño y prohibido

Y los hermosos días ahí estaban
como inmóviles esfinges

Y digo

De todo aquello
hubiera habido que vestirse
asombrarse

y clamar a la vida este milagro
arrancado al azar

II

Calma oh muerte la angustia de los malos
A las llagas del mal cierra los párpados

en el fondo de todos los ojos aunque no
queda siempre un vidriera inocente

Oh muerte
senos plenaria

y a las fiestas de tus tobillos
danos de estar

eternamente

III

Cuando vuelva Usted
muerte mía

ponga un claro pañuelo
sobre mi cabeza
un poco de sus palmas en mis manos

sobre mi palidez descompuesta
un remordimiento de olivo

IV

Sola borrada de la tierra
por qué me has golpeado

a mí

que no tenía ni bóveda
donde escucharme

V

Sonámbula de infinito
he soñado de la vida
así como el mar se enrolla

Mas la noche tiene grandes gritos de visionaria

Levantado
tal una espiga lejos de las siembras germinadas

un severo espejo
me tiene desvelada

VI

Yo como por un muerto
la muerte come conmigo

y de torva memoria
fijo en mí vive un ojo

Toda mi vida por venir
en mi alma se ha colgado
y de alba
en alba

VII

Es por Usted que aún me esfuerzo
oh dolor imperfecto

Tanto pan muerto oh vida
y no es la vida todo esto que se ama

Dolor
cegante cegada

en medio de esas risas
que me agujerean en gotas de sangre

no puedo
no puedo oír tu silencio

cadáver me hago

(Traducción: Guillermo Reverter Pezet)

NELSON RAMIREZ



Aquí el universo desciende
a territorios de belleza: los lápices en armonía
con las flores, los libros,
las hojas del otoño anverso,
las rosas acumuladas en las estudiantes en el patio.
Aquí el karma del universo es reducirse
a una población de ojos que se rozan,
de alacranes que escalan a la luna,
de entrar al huerto de libros amados y leer el
antiguo identikit de las kimeras,
Dwinelle Hall (una dirección de las lenguas de la tierra),
compramos **Por Amor al Oscuro**,
de la princesa Mirabai
(sus palabras no se derriten ni en el sol);
carpinteros en la bahía de San Francisco
tararean una canción andina
(de quena y melancolía) que oyéran
de un grupo en la avenida Telégrafo (donde
el conocimiento rebalsa las hojas de
los libros nocturnos y se empapa en otras cosas).
Aquí a nadie le incumbe que el universo
mañana sea una ausencia de siempre,
como la de aquéllos que aquí un día tuvieron
una letra pegada a la voz.

LOS NOMBRES

Mi hermana Erika en una actuación de la escuela primaria se disfrazó de checoslovaca (su blanco rostro y sus cabellos eran adecuados). Hoy Checoslovakia son dos nombres distintos. Ivana y Zdenka eran checas o eslovacas de verdad, como Rainer María. Diana y Sylvie eran suizas. Ellas aún llevan sobre su piel mis ojos (como Dante su Beatrice su Firenze), y cuando los sueños del alba y los días resbalan a mi corazón (este tambor primitivo) seguimos conversando sobre superficies de café y Leipzig, muchachas de Leipzig, amigas, amigas, hube visto los azules infinitos de sus ojos:

Tanja (saltabas en para caídas y el cielo se mezclaba en tu mirada) tu padre librero del régimen y tú protestaste contra Erick; y Helga, qué decir de nuestra amiga, con los pelos pintados de azul habría dado Próxima Centauri y notas a Johann Sebastián entrando a Thomaskirche, ya me voy, auf Wiederhören, no puedo permanecer. Lima. Qué será de vuestras vidas, nombres, nombres, cuando en la noche se hallen en la arena de otro verano.

VICTOR GUILLEN

**TRES SEGUNDOS EN LA ETERNIDAD DE
VINICIUS**

1'

Vinicius

pequeño mar en el universo de unos ojos tristes
no puedes alcanzar la luna desde tu estación anterior
haciendo y deshaciendo en el recodo donde te escondes
un breve vuelo en los abismos de tus manos
una palabra desde el eco de la voz

2"

El jardín se ahogó de su mínimo diluvio
de su propia naturaleza de edén
en el rictus de los regadíos tan vano el afán
no llegarás al rosal posterior

3'''

La inminente noche dándote tiempo aún a su definitiva
hacia un lado la infinitud y hacia el otro el devenir absoluto
de un minuto

en qué límite los límites se confunden

y

a bien palpar se pone uno su Nada
el registro donde las cosas recobran su olvido
la existencia en otra forma vedada.

EDITH

a
Braulio Castor

1

Edith
canta y muere
Edith

Edith
ama y muere
Edith

Llora y muere
Edith

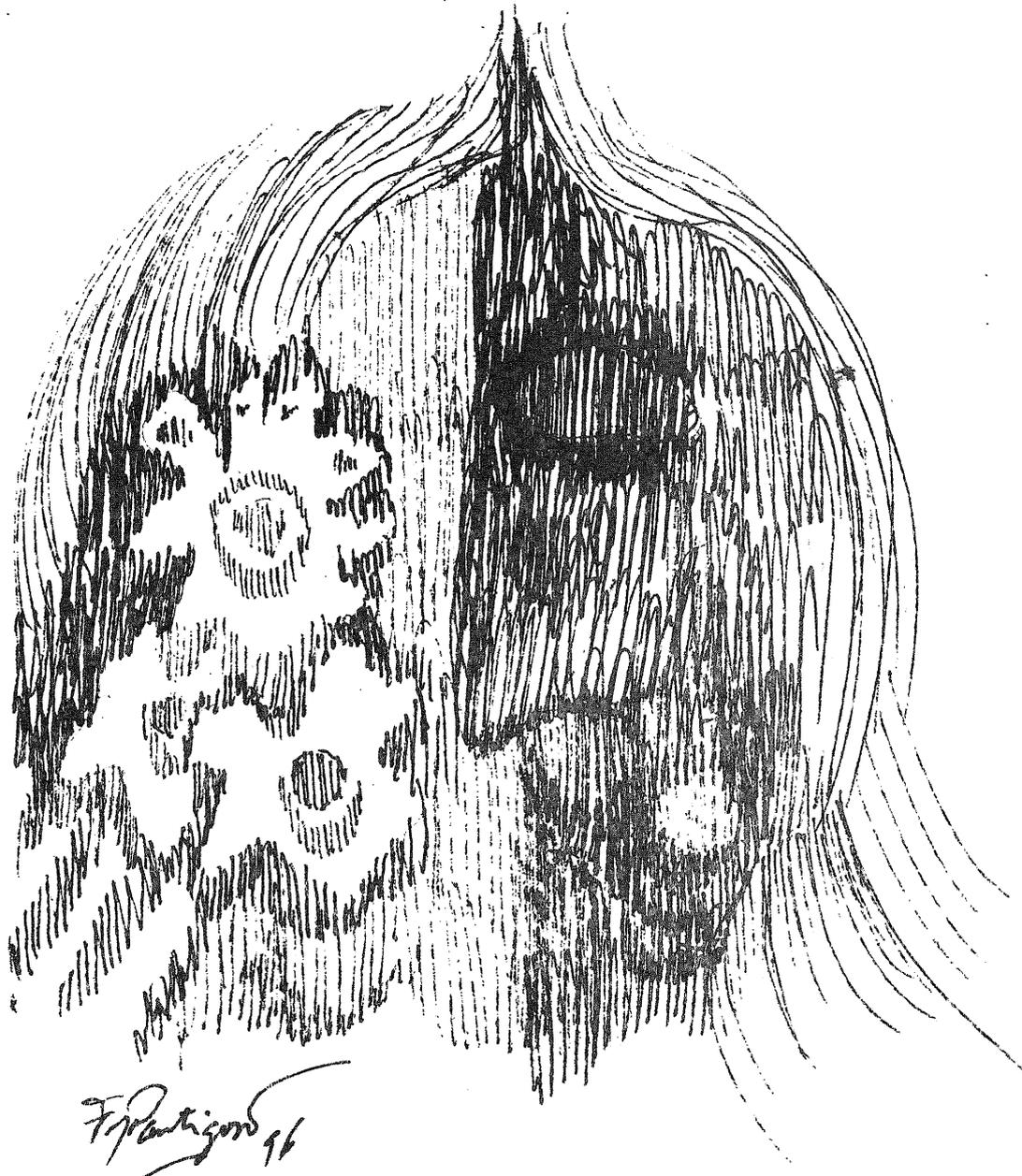
Edith
recibe aplausos en París y muere
Edith
recibe flores en París y muere
Edith

Edith
muere
muere

Muere
gorrión herido que mueres
muere tu voz que muere

No
No llores Edith
y
muere
Edith
muere

En París se abren los paraguas por
Edith
En París se cierran los paraguas por
Edith



El
gorrión de París no ha
muerto

Canta
Canta Cantando Canta.

Sobre
la rama más alta del otoño
Canta
y
Canta.

En la profundidad de su pecho
dormido

Entre la escurridiza alborada
Transido de labios devueltos
Canta
Canta
¡Cómo Canta!

Boca que por la boca
la muerte Canta su dulce
Canto.

(Dónde sino en tu voz
decanta su luz la sombra).

Aqueste el cuerpo... Milord
Allende el alma... Milord
Como una palma de trinar herido
Y
Canta
Canta
Canta.

LUIS BUÑUEL

PAJARO DE ANGUSTIA

Un plesiosauro dormía entre mis ojos
mientras la música ardía en una lámpara
y el paisaje sentía una pasión de Tristán e Iseo.
Tu cuerpo se ajustaba al mío
como una mano se ajusta a lo que quiere ocultar;
despellejada
me mostraba tus músculos de madera
y los ramilletes de lujuria
que podrían hacerse con tus venas,

Se oía un galope de bisontes en celo
entre nuestros pelos que temblaban como las
hojas de un jardín;
todos los diálogos de amor se parecen,
todos tienen acordes delirantes,
pero el pecho aplastado
por una música de recuerdos seculares;
luego viene la oración y el viento,
el viento que teje sonidos en punta
de una dulzura de sangre,
de aullidos hechos carne.

¿Qué anhelos, qué deseos de mares rotos
convertidos en níquel
o en un canto ecuménico de lo que pudo ser
tragedia,
nacerán, los pájaros de nuestras bocas juntas,
mientras la muerte nos entra por los pies?

Tendida como un puente de besos de piedra
dio la una.
Los dos volaron con las manos cruzadas sobre el
pecho.
Las tres se oían más lejanas que la muerte.
Las cuatro ya temblaban de alba.
Las cinco trazaban con compás el círculo
transmisor del día
A las seis se oyeron las cabrillas de los alpes
conducidas por los monjes al altar.

ANTONIO DE SAAVEDRA

VACIANDO LOS ARCOS DE ALMENDRAS OSCURAS...

Vaciando los arcos de almendras oscuras
Manecillas rasgan los cuellos de cantutas
Cuyas cabezas se endemonian
Al relampaguear
Dedos volátiles entintando
El aire eterno
Hay un deseo sobre estos pañuelos viejos
Agrietados
Al sangrar savia de águilas
En nidos de violines
Verdes sin gravedad
Al mismo tiempo un gentío se aleja
Abriendo frutos salvajes
Entre sus faldas
De piel de bisontes asomándose
A la ventana
Cerca a depósitos de carne salada
A punto de escapar
De las garras purpurinas
Desnudas entre columnas de mármol buceador
Que ojea los mensajes
En el hilo telegráfico
Sumamente lleno de cabellos dinámicos
Envueltos en liras
Que en vida fueron clepsidras
En redor de soplos acariciando pipas
Plenas en geometría rosada caminando
En un campo de mazorcas
Sobre mi paladar
La ciudad está fuera de este cielo

BRAULIO CASTOR

MANIQUIS

I

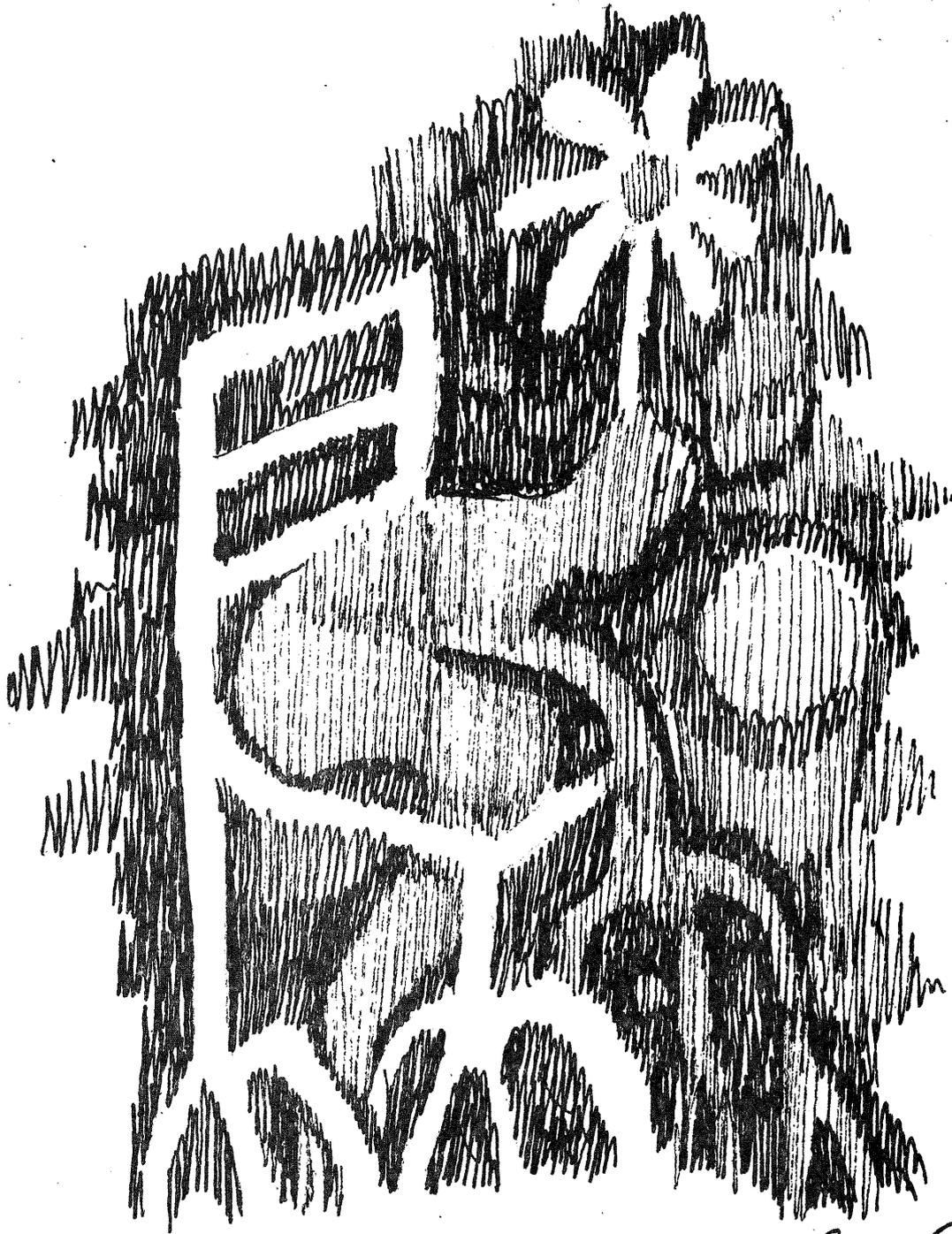
Maldigo tanto una silla que trasotra
De la garganta a los pies. De bruces
Cúbreme como un hisopo entintado
Al nevar mis penas tan apergaminado
De negrísimo musgo gotean de sedas
los relámpagos

Madura en la hoja esa joya de cielo
Y cae dulcemente como un llanto
Absurdo y demente que va destejiendo
mi azulado corazón

¡Ah! dulce remanso en la ciudad en
flor

Da lo mismo soñar desde adentro
Si al mandolinear los oscuros vientres
Los sueños paran nomás escurriéndoseles
O verdes se esfuman por la pipa verde
Y nos damos de vulgares trompicones
En lugar de recogernos a cada rato
Hacemos garabatos del tamaño de la piel
Más tengo de esta silla que de mí mismo
encorvado

Ahora que me delira el ojo y brilla
Cuando estrangulo en un diente a la silla
Y al alargado cuello de sus libros



Fry Pantigon

PAJARO LIRA

a Carlos Oquendo de Amat

Ay! que feliz debe ser
la muerte del pájaro en los bosques

Gérard de Nerval

Cojín de luna
para sus ojos dormidos,
y de una dulce cuita se quedó tendido a su suerte
atontado entre las oscuras ramas
sueña el pájaro vidente
bien ajustado en ese cuello
de junco
lleva su collar de obispo
cielorraso

¡Hasta cuándo el pájaro ha de penar!

pues acostado en un bello delirio
amaneció flotando bocarriba
muerto
ahogado en la sombra del río

Mundos eran sus ojos pequeñitos
en su gran frente comba
rezaba una estrella

CALAVERA DE ESE ARBOL JUNTO AL RIO

delgadas y punzantes
sus ra
en mas
se asesinan las palomas
se suicidan las naranjas
y en su triste candela

AL FONDO HUMEABA LA MAÑANA

hay grandes nubarrones en las montañas
y el día se llena de puentes y tristezas
y tras aquella sombra que da la lluvia
a cántaros
¡El árbol se puso ya
el abrigo de los
mangos!



Ahora

pende ahorcado en las trenzas del árbol
colgado en su lengua el pájaro del canto
mientras fluye este cuchillo de palabras
para que contemples en las ramas

e

l

s

u

i

c

i

d

i

o

e s

d u

belleza

HEBER OCAÑA



Hablarás entonces
y tu sangre se inundará de botellas rotas.
Un tiempo nacerá en tu herida
y te acordarás de los días,
de las tardes abandonadas en el pecho rojo
de las gaviotas.
De las calles tóxicas
y de las venas rotas de las piedras.

Tú sabes de las estaciones que horadan
la noche/
de los desastres que hieren la luz.

Tú puedes morir una tarde
y volver a nacer con la hermosura de un pájaro
de vuelos inacabables.

Hablarás entonces/
y yo habré nacido junto a ti.
En la mitad del tiempo/
en los ojos del hombre.

En sus trituradas sombras.
En las lóbregas herencias de los que cumplen años
por las noches
y engendran la voz de días arrugados
en el esqueleto oscuro
de la tierra.



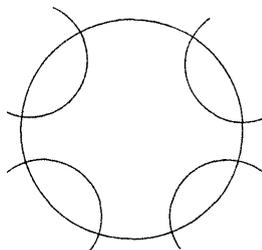
POEMA

El tiempo arde sobre tus ojos
y te he visto beber el agua del otoño
con tus manos callosas
y tus dedos largos como rayos del sol
estacionándose en un árbol.
Y muchas veces, amor mío
crecías demasiado rápido
tornándote en un paisaje enorme
mientras yo inútilmente
recogía tu muerte
ahogándose en un río.

LUZGARDO MEDINA

AMULETO DE LOS DESEOS

nadie, ni aun la lluvia, tiene esas manos pequeñas
E.E. Cumming (1894-1962)



Este es un amuleto visto a través del silencio. Aquí la luz no deja de ser irónica, aquí están retratados los olores de la madera. Si alguien llevara este amuleto podrá obtener toda clase de deseos, así me lo dijo una niña calva en el aeropuerto de Reykiavic, allá en islandia, donde fácilmente se puede tropezar con el organillero.

¿Alguien puede negar que esto no es un amuleto? Nadie. Mientras tanto Saint-John Perse sigue amaestrando a las lentas madrugadas de octubre, tratando de conversar con la oruga de metal.

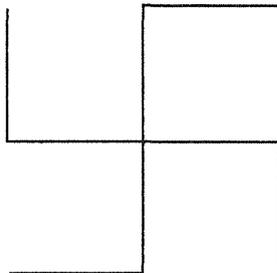
Yo recuerdo que cuando vi este amuleto la música se caía de las mesas. Antes el pentagrama tenía la forma de una mazorca de donde negros y blancos devoraban la somnolencia.

Con este amuleto truenan las ideas.

Si alguien se atreviera a invocar a Odín con este amuleto, que no se duela del sonido con que viene. Todo lo que toca se torna en ceniza, las rosas en putrefactos colores, los ruidos en tenues esculturas de hueso.

Con este amuleto Marco Polo llegó a la China y allá, recién, pudo dialogar con el mejor sonido tropical.

TALISMAN PARA LA PROTECCION DEL DIOS DEL TRUENO



Esta no es la conocida esvástica de los alemanes, tampoco la parra donde el color azul olvida sus pestañas.

Los nórdicos, únicamente ellos, besaban las escamas de medianoche, apilaban sus recuerdos en un dedal, desordenaban las arenas y lo que causa más asombro es que a ellos nunca les agradó la forma de la memoria. Los nórdicos nunca fueron retratados a caballo o digitando un piano con plumas.

Este símbolo llamado el martillo de Thor, actualmente, lo usan los islandeses que sí saben amansar a los equipos y asisten diariamente a los conservatorios de música.

Durante la primera guerra mundial un soldado NN tenía en su cuello este talismán, lástima que un día antes de morir soñó reconstruyendo una ciudad que no conocía, bailando una melodía cúbica, bebiendo una deliciosa lágrima, caminando sobre un mar de llamas, hundiendo sus manos hasta el pleistoceno, pintando un caracol geométrico. De nada le valió el martillo de Thor.

Hay que ayunar frente a un espejo, trazar con el dedo gordo del pie una malhumorada rosa, entonces recién este talismán recobrará su profesía.

ALLEN GINSBERG

A UN POETA VIEJO EN PERU

Porque nos conocimos al caer la noche
Debajo de la sombra del reloj de la estación
ferroviaria
Al mismo tiempo mi espectro estuvo visitando Lima
Y tu fantasma estuvo falleciendo en Lima
rostro viejo requiriendo una afeitada
Y mi barba joven retoñaba
magnífica como la caballera muerta
en las arenas de Chancay
Porque Yo equivocado pensé que estabas
melancólico
Salutando tus pies de 60 años de edad
los cuales huelen a la muerte
de arañas en la acera
Y saludaste mis ojos
con tu voz de aniseto
Equivocado pensé Yo era genial
por una juventud
(mi rock and roll es el impulso de un
ángel volador en una moderna ciudad)
(tu oscuro arrastramiento de pies es el impulso
de un serafín que ha perdido
sus alas)
Yo te beso en tu mejilla gorda (otra vez mañana
Debajo del estupendo reloj de Desaguaderos)
Antes que Yo vaya a mi muerte en un choque de aeroplanos
en América del Norte (hace mucho tiempo)
Y tú vayas a tu ataque al corazón en una indiferente
calle en América del sur
(Ambos circundados por gritones
comunistas con flores
en los traseros)
-tú más pronto que Yo-
o una noche larga solo en una habitación
en el viejo hotel del mundo
observando una puerta negra
...circundado por trozos de papel.

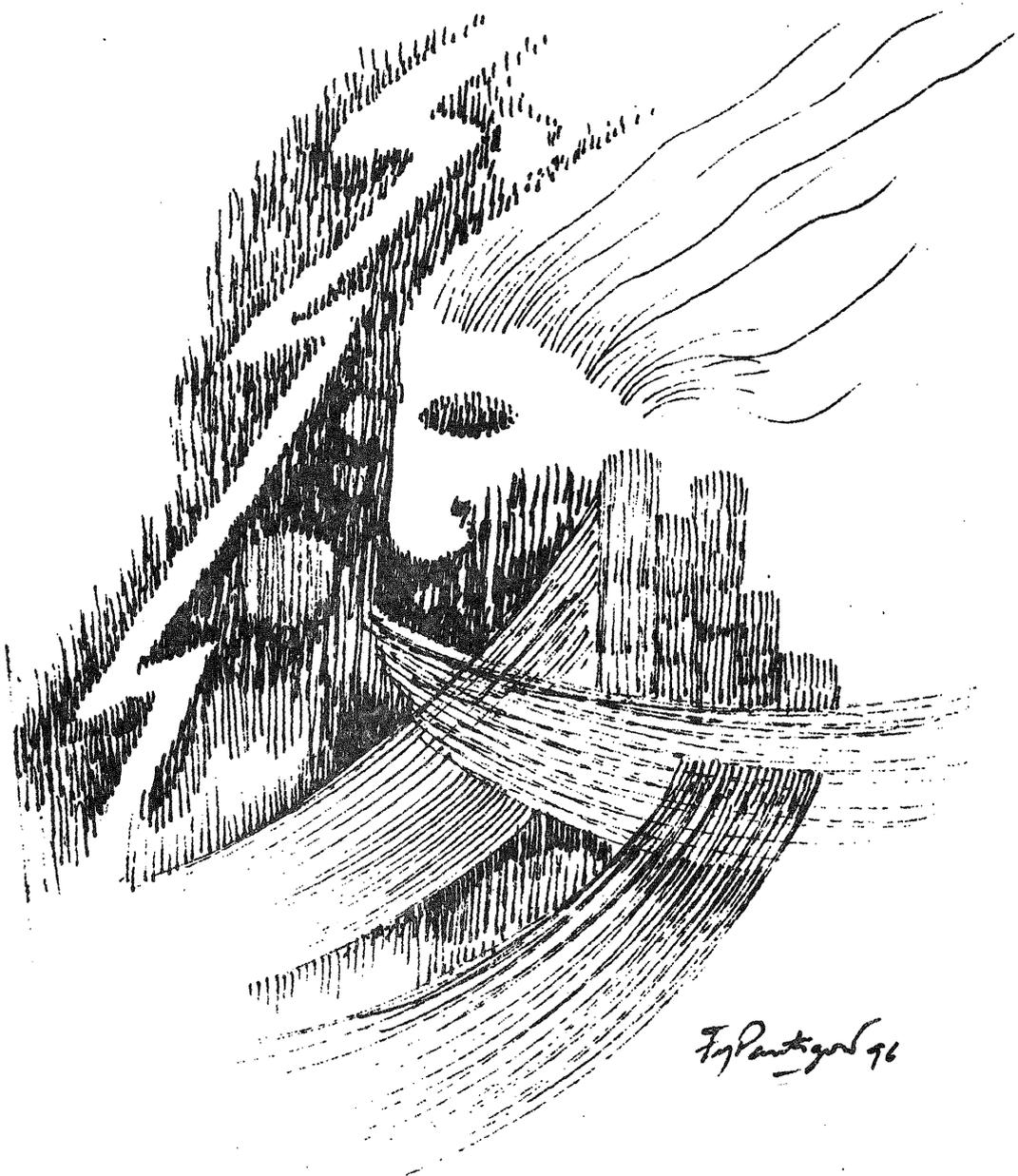
MUERE GRANDIOSAMENTE EN TU SOLEDAD

Hombre Viejo
Yo profeso recompensa
Más inmenso que los arenales de Pachacámac
Más brillante que una máscara de oro repujado
Más bondadoso que un disfrute de ejércitos desnudos
haciendo el amor en el campo de batalla
Más rápido que un pasado tiempo entre
la noche de la Nazca vieja y la Lima nueva
al caer la noche
Más desconocido que nuestro encuentro cerca al Palacio
Presidencial en una vieja cafetería
—fantasmas de ilusiones deslucidas, fantasmas
de un indiferente amor

EL TALENTO DESLUMBRADOR

Emigrado desde la Muerte
Para hacer una señal de vida otra vez a ti
Espantosa y hermosa como un choque de autos
en la Plaza de Armas
Yo juro que he visto esa luz
Yo no podría resistir besar tus odiosas mejillas
cuando tu ataúd esté cerrado
Y los que lloran una pérdida humana regresan
a su viejo cansado
Sueño.
Y tú despiertas en el ojo del
Dictador del Universo.
Otro estúpido milagro! Yo estoy
equivocado otra vez!
Tu indiferencia! Mi entusiasmo!
Yo insisto! Tú toses!
Perdido en la ola de oro que
flota hacia el Cosmos.
Aagg Yo estoy cansado de insistir! Adiós,
me voy a Pucallpa
a tener Visiones.
Limpias sonetos?
Yo quiero leer tus sucios
secretos garabateos,
tu Esperanza,
en su Obscurísima Magnificencia. Dios Mío!

(Traducción: Antonio de Saavedra)



MARTIN ADAN O LA PERMANENTE REMISION A NOSOTROS MISMOS

*¿Cuándo seré el que soy
y no uno de mentira?*
DIARIO DE POETA

Adentrándonos en la poesía de Martín Adán por la vía del epígrafe es posible entender el sentido de la permanente búsqueda dentro de una obra que durante muchos años repitió, con sorprendente coherencia y solidez, los mismos temas y las mismas obsesiones personales, pero con notorios cambios en su dirección y amplitud así como en la estructura del poema. En tal sentido es posible rastrear signos y remisiones de un ordenamiento eficaz cuyo desarrollo se inicia con **Itinerario de Primavera** (1927-32) que tiene aún influencia vanguardista -antirromántica, diríamos-, aunque ya con profundo y consciente basamento clásico por la elección de símbolos y formas tradicionales que advierten sobre la preocupación por la regularidad y precisión versal dentro de la estrofa. Esta predilección significa la emergencia de un rasgo central que se liga con la escrupulosa tendencia a la autoexploración y con el desasosiego provocado por la insuficiencia de la lengua para transmitir la propia experiencia.

Luego de esa apertura se produce un proceso de ajuste, profundización y desafío de lo verbal como fenómeno de comunicación e identificación con la propia vida. En la inmersión, la materia y forma poéticas se gobiernan por una densa opacidad, de ideas con sonidos. Tal es el caso, por ejemplo, de **La Campana Catalina** (1936), **La Rosa de la Espinela** (1939) y **Travesía de Extramares** (1929-46), en donde el rigor formal se compagina con la trabada textura de la paradoja, con las palabras insólitas, con los arcaísmos y con el propio soneto, cuya estrictez métrica busca "aprisionar" la profundidad inefable de las emociones. Esta compulsión formal conviviendo sólidamente con la conceptual es la manera de introducirse en los niveles profundos, en los límites extremos de sus vivencias, para descifrar más allá de lo cotidiano y ordinario el derrotero de la frustración y de la muerte frente al deseo de trascendencia de la vida, que para el lírico es la poesía misma. La aguda conciencia bordea, así, el agotamiento y la extinción, en una suerte de éxtasis de la experiencia

visionaria que lo coloca, finalmente, delante de la "tragicidad" de la existencia. Desde esta pugna entre el ardor y el frío –carne y hueso–, la experiencia interna –sensorial y mística– se alza solitaria y la verdad extraída de sí mismo se ofrece al impacto de la pasión universal.

Al apremio anterior, más dramático por la sujeción formal, sobreviene la distensión del verso libre de **Escrito a Ciegas** (1961), **La Mano Desasida (Canto a Machu Picchu)** (1961) y **La Piedra Absoluta** (1965). En estas obras hay una actitud más directa e inmediata, más "informal" frente a la unidad vida-palabra. Esta flexibilidad se corresponde con el hombre que piensa en voz alta. El "tú" (al que se refiere la poetisa Celia Paschero en **Escrito a Ciegas**) es el lector general, aunque Martín Adán señale que "El Otro, el Próximo, es un fantasma", o que "no alcance al furor de lo divino,/ Ni a la simpatía de lo humano". Y es que al fin y al cabo este entreabrir sus compuertas con menos apremio y más ironía expresa, en otra dirección del conjunto significativo, una mayor y cada vez más creciente desilusión que se enraiza con la soledad de la vocación poética capaz de evocar la experiencia trascendente y expresar la angustia del deterioro y del sufrimiento inacabables.

La última escala en la poesía de Martín Adán lo devuelve al soneto, a su formalidad y a su ergástula, a su encerramiento visceral y metafísico. La diferencia, sin embargo, está en que la opacidad es menos densa y la expresión más enfática al reiterar la angustia frente a la vida. En **Mi Darío** (1966-67) y en **Diario de Poeta** (1966-73) están "todas mis algas de mi fondo y mi hueso,/ Donde todo es la vida todavía... de un beso/ Y un quedar como roca y onda tangible... nada...". Los signos presentes en –por ejemplo– los poemas a Machu Picchu o en **La Rosa de la Espinela** remiten ahora a una significación más crítica y aguda del vacío de la propia experiencia. La descripción diáfana y enérgica de sus vivencias alcanza un nivel de crudeza que se extiende al vocabulario para subrayar – a veces en contra de la riqueza, gravedad, y medida anterior– los gestos más sórdidos de la vida cotidiana. El sentimiento de soledad, inutilidad y desesperanza alcanza en muchos momentos un nivel de angustia jamás descritos en la poesía peruana: "necio y barbudo loador de rosas/ y bebedor de vino él como humano", que sigue tras la aún no hallada poesía: "Casa que asaz busco en la mía"; para concluir con la mejor descripción de su tormento: "Poesía no dice nada: / Poesía se está callada,/ Escuchando su propia voz".

Dentro de los rasgos semánticos distintivos, dos polos llaman la atención en la poética de Martín Adán: por un lado, el que sustenta el sentido de transitoriedad, acompañado de la permanente indagación de las fuerzas que gobiernan la vida a partir del paradigma "Perfección artística"; por otro lado, el polo cuya remisión apunta al lento desgaste o corrosión de la existencia encuadrada en la extrema tensión de la angustia. Estos dos núcleos son también vectores que pretenden indagar y aprehender tanto la "existencia de la esencia" cuanto la "esencia de la existencia".

Al interior de los núcleos anteriormente señalados resplandecen dos símbolos: el de la **rosa** y el de la **pedra**, que el poeta sopesa para conocer la levedad y el pesado misterio del ser. Un estudio inmanente-trascendente de estos símbolos, así como un análisis de sus niveles de pertinencia dentro de la evolución de la obra del autor darían muchas luces sobre la forma cómo —a partir de ellos— se estructura el sentido general; sentido que remitiría nuevamente a los orígenes de la indagación, con el ingrediente de una angustia más acentuada. En el proceso que avanza habría una regresión permanente hacia los orígenes y en ese espacio intermedio la "densa opacidad" y la "vaga turbulencia" estarían definiendo mejor, desde nuestra perspectiva, la poética de "Adán", la del poeta y la del mito. Frente a la inquisición habría, finalmente, una dramática distancia epistemológica entre el fondo (la rosa, la interioridad del poeta) y la altura (la piedra o Machu Picchu; la exterioridad del poeta). En ambos casos, desde adentro o desde afuera, la palabra acosa al Ser en la gran paradoja de la existencia, en su permanente cisma. La vacuidad de la no-respuesta tendría, sin embargo, su propia revelación en la concavidad y el volumen de lo agónico y lo trágico, componentes básicos y permanentes de la naturaleza del hombre que realmente vive y muere: "Quien no vivió tragedia, no nació...", expresión ésta semejante a la del poeta irlandés W. Butler Yeats: "Empezamos a vivir cuando concebimos la vida como una tragedia".

Si la **rosa** no es el símbolo de un simple estado emocional ni la mera descripción de una realidad estática, menos lo será la **pedra**, o Machu Picchu, monumento o esfinge de la infinidad del mundo a través el cual Martín Adán trasciende la circunstancia inmediata y pretende acceder al misterio movilizándolo todo su desgarramiento interior en una suerte de ontología del soliloquio para retratar, como ningún otro, la conciencia radical de la contingencia y la incomprendibilidad de la vida. No hay, pues, ni inmovilismo ni evasión sino mirada incandescente en la algarada mística que busca las esencias. Su retiramiento es la forma que asume para enfrentarse al sentido de la vida. Su interioridad toda es, así, un órgano sensorial de rosa y de piedra ("lo del poeta, el **duro** y **sensible** volumen de ser mi humano"). Y en el reposo y en la exaltación de su cuerpo se acoge porque el poeta —lo dice— asume la propia humanidad como persona, comunicándose con ella, viviendo "en la propia persona con despego y abuso de inquilino", auscultando sus propias pulsaciones. Su soledad es, entonces, la liberación: la suya y la nuestra, porque nos devuelve a nosotros mismos, como búsqueda incesante: "¿Cuándo seré el que soy y no uno de mentira?".

MARTIN ADAN

SONETOS

¿Habrá simplicidad como tú, mi Darío,
Afuera de palabras que cuelgan como flores
De la dura raíz, tan nerviosa de amores?
¿Esta raíz que soy como es el día mío?...

¡Tú supiste morir, Darío, como un río,
Se muere a no sé adónde, con las ondas azores!
¡Yo sé de entendimiento sobre fondos y altores,
yo de mi correr cuando se acaba mío!

¡Es el río otra vez, otra vez y entretanto
Cuando se dice aquello y es uno y un solo el llanto,
Y no sabe qué ser el humano nacido!

Es el río, Darío, el que tú nunca viste,
Con tus versos de imprenta, con tus ojos de triste.
Es el río sin tregua de lo futuro y sido.

(de MI DARÍO)

La palabra no basta a lo que digo
O a lo que pienso, que este ser madura,
Este ser de ahora mismo y que me dura
Tal como se secó en la higuera el higo.

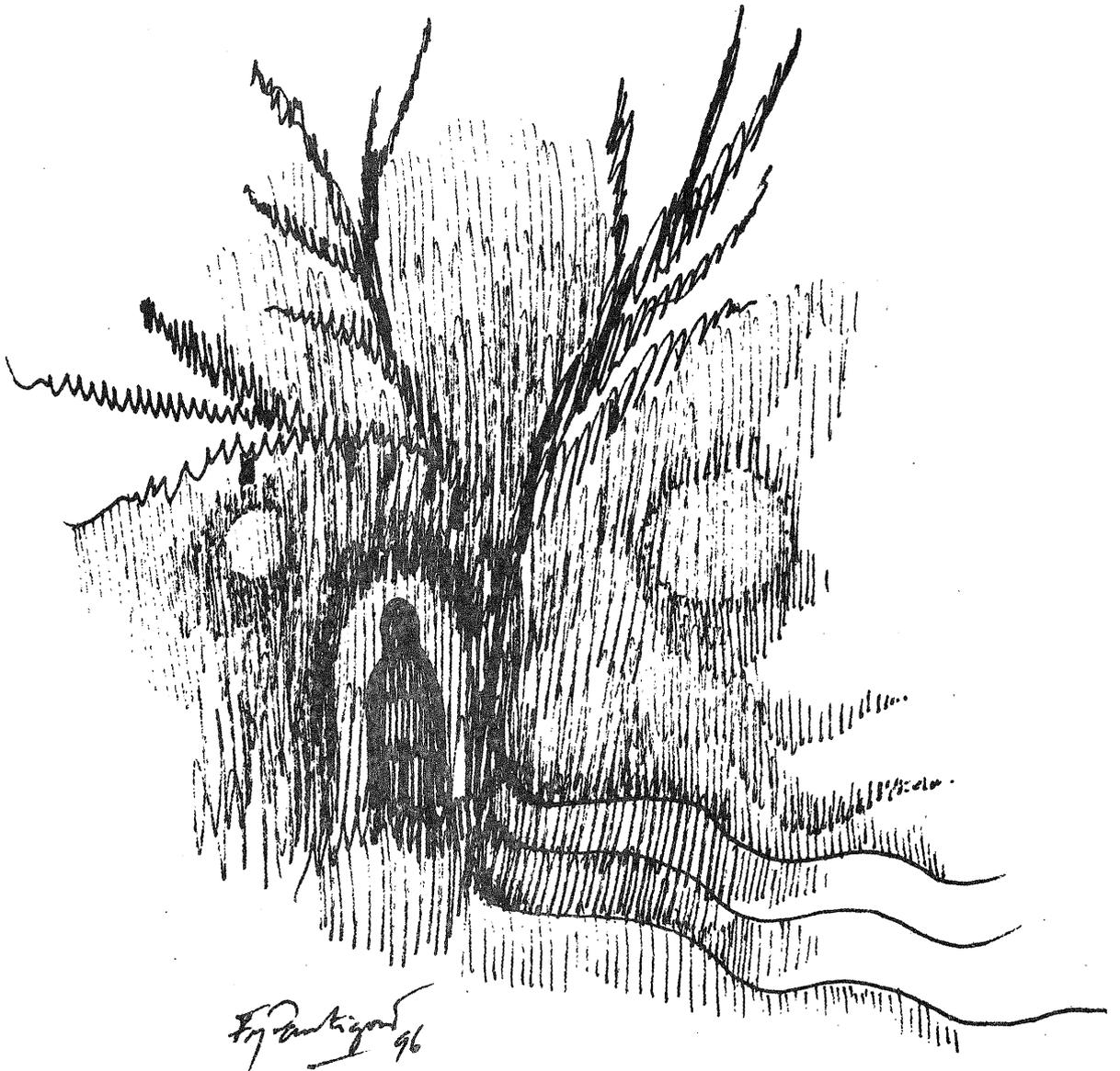
Sin caer nunca, de su abrigo
De origen, que es el cierto, que no se apura
A ser otro, que es otro a su natura
Que exhibe sin procura de testigo...

La palabra no basta, y es en vano
Que yo vista algún cuerpo, el más humano...
Soy sólo el ser del que se sobrevive.

Bajo rendida higuera e higo seco,
Haciendo letra o gritando a eco,
Soy un dios de agonía, que ya escribe...

Febrero de 1968.

(de DIARIO DE POETA)



NO SON TU MARIDO

Earl Ober era vendedor y estaba buscando empleo. Pero Doreen, su mujer, se había puesto a trabajar como camarera de turno de noche en un pequeño restaurante que abría las veinticuatro horas, situado en un extremo de la ciudad. Una noche, mientras tomaba unas copas, Earl decidió pasar por el restaurante a comer algo. Quería ver dónde trabajaba Doreen, y de paso ver si podía tomar algo a cuenta de la casa.

Se sentó en la barra y estudió la carta.

– ¿Qué haces aquí? –dijo Doreen cuando lo vio allí sentado.

Le tendió la nota de un pedido al cocinero.

– ¿Qué vas a pedir, Earl? –dijo luego—. ¿Los niños están bien?

– Perfectamente –dijo Earl—. Tomaré café y un sandwich de esos. Número Dos.

Doreen tomó nota.

– ¿Alguna posibilidad de... ya sabes? –dijo, y le guiñó un ojo.

– No –dijo ella—. No me hables ahora. Tengo trabajo.

Earl se tomó el café y esperó el sandwich. Dos hombres trajeados, con la corbata suelta y el cuello de la camisa abierto, se sentaron a su lado y pidieron café. Cuando Doreen se retiraba con la cafetera, uno de ellos le dijo al otro:

– Mira qué culo. No puedo creerlo.

El otro hombre rió.

– Los he visto mejores – dijo.

– A eso me refiero –dijo su compañero—. Pero a algunos tipos las palomitas les gustan gordas.

– A mí no –dijo el otro.

– Ni a mí –dijo el primero—. Es lo que te estaba diciendo.

Doreen le trajo el sandwich. A su alrededor, había patatas fritas, ensalada de col y una salsa de eneldo.

– ¿Algo más? –dijo—. ¿Un vaso de leche?

Earl no dijo nada. Negó con la cabeza mientras ella seguía allí de pie, esperando.

Al rato volvió con la cafetera y sirvió a Earl y a los dos hombres. Luego cogió una copa y se dio la vuelta para servir un helado. Se agachó y, doblada por completo sobre el congelador, se puso a sacar helado con el cacillo. La falda blanca se le subió hacia arriba por las piernas, se le pegó a las caderas. Y dejó al descubierto una faja de color rosa y unos muslos rugosos y grisáceos y un tanto velludos, con una alambicada trama de venillas.

Los dos hombres de la barra, al lado de Earl, intercambiaron miradas. Uno de ellos alzó las cejas. El otro sonrió regocijado y siguió mirando por encima de su taza a Doreen, que ahora coronaba el helado con jarabe de chocolate. Cuando Doreen se puso a agitar el bote de crema batida, Earl se levantó, dejó el plato a medio comer en la barra y se dirigió hacia la puerta. Oyó que Doreen lo llamaba, pero siguió su camino.

Después de echar una ojeada a los niños fue al otro dormitorio y se quitó la ropa. Se subió las mantas, cerró los ojos y se puso a pensar. La sensación le comenzó en la cara, y luego le descendió hasta el estómago y las piernas. Abrió los ojos y movió la cabeza de acá para allá sobre la almohada. Luego se volvió sobre su lado y se durmió.

Por la mañana, después de mandar a los niños al colegio, Doreen entró en el dormitorio y subió la persiana. Earl ya se había despertado.

– Mírate al espejo –dijo Earl.

– ¿Qué? –dijo ella–. ¿A qué te refieres?

– Tú mírate al espejo –dijo él.

–¿Y qué es lo que debo ver? –dijo ella. Pero se miró en el espejo del tocador y se apartó el pelo de los hombros.

– ¿Y bien? –dijo él.

– ¿Y bien, qué? –dijo ella.

– Odio tener que decírtelo –dijo él–, pero creo que deberías ir pensando en seguir una dieta. Lo digo en serio. Sí, en serio. Creo que podrías perder unos kilos. No te enfades.

– ¿Qué estás diciendo? –dijo ella.

– Lo que he dicho. Creo que no estaría mal que perdieras unos kilos. Unos cuantos, al menos.

– Nunca me has dicho nada –dijo Doreen. Se levantó el camisón por encima de las caderas y se volvió para mirarse el vientre en el espejo.

– Antes no pensaba que te hiciera falta –dijo Earl. Trataba de elegir cuidadosamente las palabras.

Con el camisón aún recogido sobre las caderas, Doreen dio la espalda al espejo y se miró por encima del hombro. Se alzó una nalga con la palma de la mano y la dejó caer.

Earl cerró los ojos.

– Puede que esté equivocado –dijo.

– Imagino que sí, que podría perder algo de peso. Pero me costará –dijo Doreen.

– Tienes razón, no será fácil –dijo Earl–. Pero te ayudaré.

– Quizá tengas razón –dijo Doreen. Dejó caer el camisón y miró a Earl. Y se quitó el camisón.

Hablaron de dietas. Hablaron de dietas de proteínas, de dietas de "sólo verduras", de la dieta del zumo de pomelo. Pero decidieron que no tenían el dinero necesario para los bistecs de la dieta de proteínas. Luego Doreen dijo que tampoco le apetecía atiborrarse de verduras, y que, habida cuenta de que el zumo de pomelo no le entusiasmaba, tampoco veía mucho sentido en una dieta así.

– De acuerdo, olvídale –dijo él.

– No, no. Tienes razón –dijo ella–. Haré algo.

– ¿Qué tal si haces ejercicio? –dijo él.

– Para ejercicio ya tengo bastante con el que hago en el trabajo –dijo ella.

– Pues deja de comer –dijo él–. Unos días, al menos.

– De acuerdo –dijo Doreen–. Lo intentaré. Lo intentaré unos cuantos días. Me has convencido.

– Soy vendedor –dijo Earl.

Calculó el saldo de su cuenta corriente, cogió el coche, fue a un almacén de artículos con descuento y compró una báscula de baño. Observó detenidamente a la dependienta que registraba la venta en la caja.

En casa, hizo que Doreen se desvistiera por completo y se subiera a la báscula. Al ver sus várices, frunció el ceño. Pasó el dedo a lo largo de una que le ascendía por el muslo.

– ¿Qué estás haciendo? –preguntó Doreen.

– Nada –dijo Earl.

Miró la báscula y escribió una cifra en un papel.

– Muy bien –dijo–. Muy bien.

Al día siguiente pasó casi toda la tarde fuera; tenía una entrevista. El empresario, un hombre corpulento que cojeaba mientras le mostraba los accesorios de fontanería del almacén, le preguntó si podía viajar.

– Por supuesto que puedo –dijo Earl.

El hombre asintió con la cabeza.

Earl sonrió.

Antes de abrir, oyó la televisión dentro de la casa. Cruzó la sala, pero los niños no levantaron la mirada. Doreen, vestida para el trabajo, comía huevos revueltos con bacon en la cocina.

– ¿Qué estás haciendo? –dijo Earl.

Ella siguió masticando, con los carrillos llenos. Pero luego echó lo que tenía en la boca encima de una servilleta.

– No he podido aguantarme –dijo.

– Cafre –dijo Earl–. *¡Sigue, sigue comiendo! ¡Come!*

Se metió en el dormitorio, cerró la puerta y se echó sobre la colcha. Seguía oyendo la televisión. Se puso las manos debajo de la cabeza y miró al techo.

Doreen abrió la puerta.

– Voy a intentarlo de nuevo –dijo.

– Muy bien – dijo él.

Dos mañanas después, Doreen lo llamó al cuarto de baño.

– Mira –dijo.

Earl miró la báscula. Abrió un cajón y sacó el papel y volvió a leer el peso mientras sonreía complacido.

– Casi medio kilo –dijo Doreen.

– Algo es algo –dijo Earl, y le dio unas palmaditas en la cadera.

Leía los anuncios por palabras. Visitaba la oficina de empleo del estado. Cada tres o cuatro días cogía el coche e iba a alguna entrevista. Y por la noches contaba las propinas de Doreen. Alisaba sobre la mesa los billetes de a dólar, formaba montoncitos de dólar con lo cuartos y las monedas de cinco y diez centavos. Mañana tras mañana, hacía que Doreen se subiera a la báscula.

Al cabo de dos semanas había perdido casi dos kilos.

– Pico –dijo Doreen–. Me muero de hambre durante el día, luego en el trabajo pico cosas. Por eso no pierdo más.

Pero a la semana siguiente había perdido dos kilos y medio. Y una semana después, casi cinco. La ropa le quedaba grande. Tuvo que recurrir al dinero del alquiler para comprarse otro uniforme.

– En el trabajo me dicen cosas –le dijo a Earl.

– ¿Qué clase de cosas? –preguntó él.

– Que estoy pálida, por ejemplo –dijo ella–. Que no parezco yo. Temen que esté perdiendo demasiado peso.

– ¿Qué tiene de malo perder peso. –dijo él–. No les hagas ni caso. Diles que se metan en sus cosas. Ellos no son tu marido. Tú no vives con ellos.

– Pero trabajo con ellos –dijo Doreen.

– Cierto –dijo Earl–. Pero no son tu marido.

Cada mañana entraba en el cuarto de baño detrás de ella y esperaba a que se subiera a la báscula. Se arrodillaba junto a ella con papel y lápiz. El papel estaba lleno de fechas, días de la semana, cifras. Leía lo que marcaba la báscula, consultaba el papel y asentía con la cabeza o fruncía los labios.

Ahora Doreen pasaba más tiempo en la cama. Volvía a acostarse en cuanto los niños se iban al colegio, y por la tarde descabezaba un sueño antes de salir para el trabajo. Earl ayudaba en las tareas de la casa, veía la televisión y dejaba que su mujer durmiera. Hacía todas las compras, y de cuando en cuando salía a alguna entrevista.

Una noche, después de acostar a los niños, apagó el televisor, y salió a tomar una copas. Cuando el bar hubo cerrado, fue en coche al restaurante de Doreen.

Se sentó en la barra y esperó. Al poco Doreen le vio, y dijo:

– ¿Los niños están bien?

Earl asintió con la cabeza.

Se tomó su tiempo para decidir lo que quería. No dejaba de mirar a su mujer, que iba de un lado para otro detrás de la barra. Por fin pidió una hamburguesa con queso. Doreen le entregó la nota al cocinero y fue a atender a otra persona.

Se acercó otra camarera con una cafetera y le llenó la taza.

– ¿Cómo se llama tu amiga? –dijo, y movió la cabeza en dirección a su mujer.

– Se llama Doreen –dijo la camarera.

– Pues ha cambiado mucho desde la última vez que estuve aquí –dijo.

– No sabría decirle –dijo la camarera.

Comió la hamburguesa y se tomó el café. La gente seguía sentándose y levantándose de la barra. Era Doreen quien atendía a la mayoría, aunque de cuando en cuando la otra camarera venía a anotar algún pedido. Earl observaba a su mujer y escuchaba atentamente. Hubo de dejar su asiento un par de veces para ir al lavabo. Y en ambas se preguntó si se había perdido algún comentario. Al volver la segunda vez, vio que le habían retirado la taza y que alguien ocupaba su sitio. Fue hasta un extremo de la barra y se sentó en un taburete, al lado de un hombre mayor que llevaba una camisa a rayas.

– ¿Qué es lo que quieres? –le preguntó Doreen cuando volvió a verlo–. ¿No deberías estar ya en casa?

– Ponme un café –dijo.

El hombre de al lado leía un periódico. Alzó la vista y miró cómo Doreen servía café a su marido. Y se quedó mirando cómo se alejaba. Luego volvió a su periódico.

Earl sorbió el café y esperó a que el hombre dijera algo. Lo observó por el rabillo del ojo. El hombre había terminado de comer y había apartado hacia un lado el plato. Encendió un cigarrillo, dobló el periódico, se lo puso delante y siguió leyendo.

Doreen volvió y retiró el plato sucio y le sirvió al hombre más café.

– ¿Qué le parece la chica? –le preguntó Earl al hombre, haciendo un gesto hacia Doreen, que caminaba hacia el otro extremo de la barra–. ¿No le parece una preciosidad.

El hombre alzó la mirada. Miró a Doreen y luego a Earl, y volvió a su periódico.

– Bien, ¿qué dice? –dijo Earl–. Es una pregunta. ¿Tiene o no buen aspecto? Dígame.

El hombre movió con ruido el periódico.

Cuando vio que Doreen se acercaba desde el otro extremo de la barra, Earl le dio un codazo al hombre en el hombro y dijo:

– Le estoy hablando. Escuche. Mire qué culo, y ahora fíjese. ¿Me pone por favor un helado de chocolate? –pidió en voz alta a Doreen.

Doreen se paró frente a él y suspiró. Luego se volvió y cogió una copa y el cacillo del helado. Se inclinó sobre el congelador, asomó el cuerpo hacia el interior y se puso a arañar helado con el cacillo. Earl miró al hombre y le dirigió un guiño cuando vio que la falda de Doreen empezaba a ascender por los muslos. Pero el hombre captó la mirada de la otra camarera. Se puso el periódico bajo el brazo y se metió la mano en el bolsillo.

La otra camarera vino directamente hasta Doreen.

– ¿Quién es ese personaje? –dijo.

– ¿Quién? –dijo Doreen, con la copa del helado en la mano.

– Ese –dijo la camarera, y señaló a Earl–, ¿quién es ese tipo?

Earl esbozó su mejor sonrisa. Y la mantuvo. La mantuvo hasta que sintió que la cara se le desencajaba.

Pero la camarera se limitó a observarle, y Doreen empezó a sacudir la cabeza despacio. El hombre dejó unas monedas junto a la taza y se levantó, pero aguardó también a oír la respuesta. Todos ellos tenían los ojos fijos en Earl.

– Es un vendedor. Es mi marido –dijo Doreen al fin, encogiéndose de hombros.

Luego le puso delante el helado de chocolate sin terminar de preparar y se fue a hacerle la cuenta.

(Traducción: Jesús Zulaika)

LIBROS Y REVISTAS

CAROLINA FERNANDEZ. Cuando la Luna Crece.
Ediciones Atenea. Lima, 1996. 73 p.

Lo temporal, lo mítico, la memoria del bien perdido, son los temas encauzados en este primer poemario de Carolina Fernández. Poesía que llega como un frescor de hierba, como un intento de rescatar del mundo andino, ese halo mágico y trascendental que no puede ofrecerle una Lima gris y decadente. El sugerente título del libro, es una bella imagen cosmogónica y acertada del universo poético, pero en sus páginas las mareas no siempre son altas, porque su visión no corresponde al de una luna auténtica y raigal. Carolina Fernández parece desconocer en sus versos aquella fuerza ciclónica y regulada, a la vez, de una simple hojita de coca o el aletear de la brisa para abatir los grandes pastizales serranos; y mucho menos siente la raíz telúrica de la luna, amalgamada, en una noche cósmica. Quizá esta condición solamente sea superada por la candorosa ternura de sus versos, que en esta primera entrega, se condensan en el símbolo de una flor.

B. C.

JOHNNY BARBIERI. Branda y la Mesón de los Pandos.
Ediciones Noble Katerba. Lima, 1993. 84 p.

Bajo la sombra palabreica de Arreola, Moro y García Márquez este modesto pero increíble poemario nos lleva a encontrarnos con una mujer fantasmagórica y adorable. De la mano de ella nos transportamos a otros lugares a través de los poemas, gran logro, hábilmente contruidos por el poeta como son sus calles transitables, sus puentes suicidas, sus cafés bohemios y sus habitaciones amorosas, pero todos ellos con un resplandor mágico. Ellos no están "novelados"; poetizados correctamente es la conclusión. Con sus influencias perfiladas en la corriente surrealista, Barbieri pone de su parte, en nuestra joven poesía, una fuente de la que emana esta mujer-poema que describe con intensidad telúrica, y por eso la fotografía de la portada ayuda a comprender. Del alto pedestal en que se encuentra el grupo poético de Barbieri, noble Katerba, nos viene esa nostalgia del grupo de Bretón en el azulado París; estos contemporáneos con los europeos nos dan la vista de la inmortalidad del alma de ese personaje que Bretón **se encontró un día al azar en la calle Lafayette, y se llamaba Nadja**. Yo siento en mi palpitante de poeta que Nadja y Branda son hermanas, hermanas que todos amamos. Si no lo sabremos. Con este poemario y con el poeta en trance productivo viviremos todos en el sueño.

A.D.S.

Mammalia (Santiago Risso - Jr. Manuela Estacio 291. Urb. Pando - San Miguel. Lima 32-Perú) N. 5: Poetas varios.

La Tortuga Ecuestre (Gustavo Armijos - García Naranjo 673. Lima 13 - Perú) N. 131: Héber Ocaña; N. 132: Santiago Risso; N. 133: Winston Orrillo.

NOTICIAS SOBRE LOS COLABORADORES

La inolvidable mujer que acompañó a nuestro César Vallejo, hasta su lamentable muerte, también fue una poeta de fino corte. Su poemario "Masque de Chaux" ("Máscara de Cal") fue escrito entre 1938 y 1977, como vemos en la 2da. edición publicada en Lima, en 1977 por Zevallos de Vivanco Luis, editor. El 14 de febrero de 1979, Georgette Philipart Travers de Vallejo ocupó hasta su muerte, el apartamento 328- tercer piso de la Clínica "La Maison Santé", donde fue internada debido a una afección cerebro-vascular que devino en hemiplegia. Desde allí combatió a los oportunistas que han hecho y siguen haciendo negocio ilícito con las obras de Vallejo. El estado peruano jamás contribuyó con suma alguna para la atención de Georgette, quien falleció el 4 de diciembre de 1984, y fue sepultada en el cementerio de la Planicie en nicho temporal adquirido por la Sociedad de Beneficiencia de Francia. Agradecemos al Señor Guillermo Reverter Pezet por cedernos estos textos inéditos que no aparecen en el libro antes citado. Con estos poemas damos nuestro homenaje a la inmortal Georgette.

- Nelson Ramírez Vásquez-Caicedo es un joven poeta chimbotano que actualmente radica en la ciudad de San Francisco (EE.UU.). En 1990 dio a conocer "Azulejos de cerca". Lo aquí publicado pertenece a su poemario inédito: "El árbol cangrejo".
- El primer poema de Víctor Guillén Escate abarca la infancia y el segundo está inspirado en la cantante francesa Edith Piaf, quien fuera conocida como "El Gorrión de París". Su fama estuvo signada por una vida trágica y conmovedora. Actualmente Víctor Guillén prepara un libro de poemas y un conjunto de cuentos breves.
- Luis Buñuel nació en Calanda (España) el 22 de febrero de 1900 y murió el 30 de julio de 1983 en la ciudad de México. Este genial cineasta y autor de películas tan desconcertantes como magistrales –recordemos "Un perro andaluz" (1928) co-dirigida con Salvador Dalí, y que hubo de convertirse en un contundente manifiesto de vanguardia– ahora, con este poema, nos revela todas sus fobias y obsesiones, liberadas en una escritura del más firme cuño surrealista.
- Antonio de Saavedra dirige una revista de poesía surrealista o **neosurrealista**, como él prefiere denominarla, y que en sus dos primeros números apareció con distintos nombres; "Hypnia" y "Gira", respectivamente.

En 1995 publicó la plaquette "Airones". El presente poema pertenece a su libro inédito: "Laguna de electricidad".

- En un solo volumen, que aparecerá este año, Braulio Castor ha concentrado toda su producción lírica escrita hasta la fecha. En 1994 publicó "Metamorfoseo orgásmico". Poemas suyos figuran en algunas revistas de poesía peruana. Nació en Chimbote.

- A pesar de ser un marginal en su pueblo, Héber Ocaña ha logrado convertirse en un agitador de cultura. En 1993 publicó: "Apuntes para una historia de Huarmey". Su producción poética se halla dispersa en plaquettes y en revistas de poesía. Actualmente prepara la edición de un poemario, de título aún no definido. Es integrante del Centro Cultural "Mammalia".

- Luzgardo Medina Egoavil (Arequipa, 1959) ha publicado: "La boda del dios harapiento" (1981), "Cuervos de Sodoma y Gomorra" (1983), "Contra los malos presagios" (1994), entre otros. Su libro "Ad libitum", obtuvo el Premio Nacional "César Vallejo" 1994 del diario "El Comercio". Los textos que aquí aparecen forman parte de un grupo de poemas que el autor ha reunido bajo el título de "Amuletos y talismanes", y que será incluido como una nueva sección del poemario "Contra los malos presagios", pronto a reeditarse.

- Mirko Lauer cuenta que cuando vino Ginsberg a Lima se lo presentó a Martín Adán en la cafetería "El Cordano", que está frente a la estación de Desamparados. En esa misma calle estaba el hotel en donde vivió Adán: "El Comercio". Sus relaciones fueron turbias y poco duraderas pero el recuerdo de Allen sobre Martín es tierno. Estos poemas de Ginsberg pertenecen a su poemario "Reality Sandwiches" publicado en San Francisco (EE.UU.), en 1968. Los poemas se encuentran en las páginas 80, 81 y 82.

- Manuel Pantigoso ha escrito importantes libros de poesía, entre ellos citaremos: "Sydal" (1978), "Nazca" (1986) y "Amaromar" (1993). En el campo de la crítica literaria ha escrito libros básicos, como: "César Atahualpa Rodríguez: la emoción del pensar" (1989) y "Mario Florián: poeta de piedra y de paloma" (1990). Es presidente de la Asociación Cultural y Humanística "El Último Jueves".

- Los sonetos fueron extraídos de "Oráculo", N° 3/4, 1981, revista dirigida por César Toro Montalvo. Se indica que el propio Juan Mejía Baca cedió estos textos inéditos, que no fueron recogidos en las obras completas de Martín Adán.

- Poco a poco la obra de Raymond Carver (EE.UU., 1939-1988), ha ido ganando encendidos elogios y el reconocimiento unánime de parte de la crítica y de los lectores. Entre sus obras figuran: "Quieres hacer el favor de callarte, por favor", "De qué hablamos cuando hablamos de amor", "Catedral" y "Tres

rosas amarillas". El cuento publicado lo hemos extraído del libro "Vidas Cruzadas", selección de nueve relatos y un poema, que fueron reunidos por su compatriota Robert Altman, quien posteriormente realizó la película del mismo nombre. El escritor Frank Kermode ha dicho: "El estilo de Carver es tan despojado, tan escueto, que uno tarda en darse cuenta hasta qué punto toda una cultura, toda una moral, está representada incluso en sus ficciones más breves... Sin duda, la obra de un maestro".

AUTOR DE LA PORTADA

MANUEL DOMINGO PANTIGOSO

Por su energía y vigor creativos, expresados en un estilo inconfundible que abarca distintas etapas durante casi todo el transcurso del siglo **Manuel Domingo Pantigoso** (Arequipa, 1901- Lima, 1991) es reconocido con toda justicia como "el pintor del siglo XX"; y está considerado como una de las figuras más destacadas de la plástica de esta centuria en el Perú.

Al participar en una colectiva en la que intervienen pintores consagrados de Arequipa, realiza su primera muestra, a los 16 años. El renombrado crítico de entonces, Teófilo Castillo, lo señala como uno de los expositores más talentosos. Presenta su primera individual en el Cuzco a los 22 años. Y ha de exponer posteriormente en La Paz, Buenos Aires y Montevideo. Ya consagrado por la crítica de nuestro continente, expone en Lima, en 1926 y 1927. Luego parte a Europa para exhibir en París y Madrid, bajo los auspicios de César Vallejo y de Julio Romero de Torres, respectivamente. En la Exposición Iberoamericana de Sevilla, en 1929, decora el Pabellón Peruano. En reconocimiento de toda esta labor su nombre ingresa en el mundialmente conocido Diccionario Espasa-Calpe. Vuelto al Perú funda la denominada "Escuela Puneña de Pintura", impulsa y orienta la revista "Cunan" -cuyos 6 números aparecen en Cuzco, Puno y Arequipa- y promueve el nacimiento del grupo "Arequepay, hogar del artista". En la capital de la República desarrolla el movimiento denominado de los "Independientes", apartado del oficialismo que representaba la Escuela de Bellas Artes. En muchas capitales sudamericanas se expone su pintura, por lo que obtiene consagradorios premios y distinciones. Se autoexilia, a partir de la década del 60, en su casa-taller de Magdalena del Mar para pintar al hombre y a la divinidad, retomando paralelamente su vocación literaria expresada en escritos en verso y en prosa que son publicados con el seudónimo de "Trinidad Colomera".

Recibe, en 1984, por parte del Ministerio de Educación y del Instituto Nacional de Cultura, el Premio Nacional, en el área de Arte. Al cumplir 70 años de vida artística, en 1988, coleccionistas de Londres exhiben una selección de témperas en el "Canning Hause" de la capital inglesa. Se le rinde sentidos homenajes con motivo de su muerte acaecida el 24 de enero de 1991, de parte de instituciones públicas y privadas. El Museo de la Nación realiza, meses después, una retrospectiva de su obra. En 1994, al develar su retrato en la "Galería de Peruanos Ilustres", la Biblioteca Nacional realiza una exposición pictórica, documentaria y bibliográfica. Posteriormente, en diciembre de 1995, la Municipalidad de Arequipa ha colocado su retrato en la "Galería de Arequipeños Ilustres" y la Asociación Cultural y Humanística "El último Jueves" le ha rendido homenaje al conmemorarse, en enero de este año, el 5º Aniversario de su fallecimiento.

Continúa hoy vigente el arte de este insigne clásico de la pintura, constituyéndose por su trascendencia en un patrimonio de la cultura peruana de raíces ancestrales y propias. Se percibe la proyección de su obra en todos aquellos pintores que han contribuido para que el arte peruano tenga actualmente categoría latinoamericana y universal. Su lenguaje cromático y estructural, partiendo de una línea independiente del llamado "Indigenismo", alcanza, por su capacidad de abstracción y de síntesis, una modernidad sorprendente y vital.

EDICIONES ANUNCIACION

UNMSM-CEDOC